

De niño del exilio a hombre de la “nueva España”: masculinidad y nacionalismo español en *El otro árbol de Guernica*, de Luis de Castresana

Iker González-Allende*

RESUMO:

Este artigo analisa a representação da masculinidade e identidade nacional espanhola na obra *El otro árbol de Guernica* (1976), de Luis de Castresana. Nessa narrativa, o exílio implica um momento de rito de passagem, por meio do qual o protagonista acentua sua identidade como homem e como espanhol. Santi deixa de ser um menino para transformar-se num modelo de homem da “nova Espanha” franquista, ao possuir valores como o patriotismo, a capacidade de liderança, a independência e a religiosidade. O surgimento do amor é um sinal de entrada do protagonista no mundo dos homens, o que se fortalecerá com seu regresso à Espanha, onde provavelmente será um membro valioso da sociedade franquista.

Palavras-chave: *El otro árbol de Guernica*. Luis de Castresana. Exílio infantil. Masculinidade. País Vasco. Guerra Civil Espanhola.

Durante los conflictos bélicos, los gobiernos han solido utilizar a los niños como método de propaganda. Son conocidos los numerosos carteles republicanos que durante la Guerra Civil Española (1936-1939) representaban a niños inocentes sufriendo el hambre y la desolación e incluso a niños muertos como consecuencia de los bombardeos franquistas. Por su parte, el bando sublevado también utilizaba a los niños en su retórica para enfatizar los valores de la familia y la importancia de la tradición y de la continuidad intergeneracional. La propaganda que usa imágenes de niños suele tener como objetivo concienciar a la población del peligro que éstos corren y mostrar al enemigo como salvaje e inhumano. Su eficacia también se debe al hecho de que los niños simbolizan las futuras generaciones del país, es decir, la persistencia de la nación y de sus valores. La figura del niño como paradigma de la víctima inocente resulta de tal poder propagandístico que a menudo provoca que los países extranjeros se involucren en conflictos civiles. En el caso de la Guerra Civil Española, a pesar del interesado Pacto de No Intervención que firmó la mayoría de los gobiernos europeos impulsados por Inglaterra y Francia, varios países decidieron acoger a partir de 1937 a niños republicanos que fueron evacuados sin sus padres con la intención de protegerles de los bombardeos y las miserias del conflicto bélico. De acuerdo a Alicia Alted Vigil, el total de los niños exiliados durante la guerra ascendió a 33.000, repartidos mayoritariamente entre Francia, Inglaterra, Bélgica y la Unión Soviética (2005, p. 115).¹ La mayoría de estos niños eran vascos, de acuerdo a las cifras que maneja Jesús Alonso Carballés, quien habla de un total de 32.000 niños vascos evacuados en 1937, lo que suponía casi el 20% de la población infantil residentes en las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa (1998, p. 152-53). El Gobierno Vasco promovió la evacuación infantil cuando el frente norte sufrió devastadores bombardeos y se hallaba asediado por las tropas franquistas.²

Los gobernantes franquistas criticaron duramente las evacuaciones de los niños porque implicaban su desprestigio frente a la opinión pública e internacional (ALONSO CARBALLÉS,

1998, p. 132). Además, el hecho de que muchos de los niños provinieran del País Vasco, una región de fuerte raigambre católica, contradecía el mito de la cruzada de los franquistas que propagaba que ellos eran los defensores del catolicismo frente a los republicanos ateos. La prensa franquista insistió en que se engañaba a los niños para evacuarles y en que éstos padecían grandes sufrimientos durante sus viajes al extranjero.³

Los padecimientos de los niños vascos en el exilio es el tema principal de *El otro árbol de Guernica* (1967), de Luis de Castresana, la novela más conocida sobre este episodio de la Guerra Civil. Se trata de una narración de carácter autobiográfico que relata las experiencias de Santiago Celaya desde los once hasta los catorce años, cuando junto a Begoña, su hermana menor, se separa de sus padres en Bilbao para partir al exilio en una expedición de niños organizada por el Gobierno Vasco. Durante su exilio, Santi vive en una colonia infantil en Francia y después es trasladado a Bélgica, donde le apartan de su hermana al ser ambos acogidos por distintas familias belgas. Tras un conflicto con su familia, el matrimonio Dufour, Santi pasa a vivir a un internado llamado Fleury,⁴ en el que al principio sólo hay niños belgas, pero posteriormente llegan otros niños vascos y españoles. La novela se cierra con el regreso ansiado de Santi y su hermana a España una vez terminada la Guerra Civil.

La crítica ha elogiado profusamente la novela de Castresana, resaltando su falta de maniqueísmo y su representación universal del sufrimiento infantil durante la guerra y el exilio. La novela recibió los parabienes tanto de los franquistas como de los republicanos, es decir, los vencedores y los vencidos en la guerra, ganando el Premio Nacional de Literatura en 1967 y adaptándose al cine bajo la dirección de Pedro Lazaga en 1969.⁵ Como apunta Alonso Carballés, se han realizado treinta y cinco ediciones de la novela y se ha traducido a más de quince idiomas (2013, p. 114). No cabe duda de que *El otro árbol de Guernica* ha conseguido apelar a lectores de todo tipo de ideologías y tendencias. Sin embargo, considero que la novela contiene una concepción de la identidad nacional que resulta propicia al régimen franquista, lo que explicaría su adjudicación del Premio Nacional. En este artículo voy a analizar la representación de la españolidad en la novela y su conexión con la masculinidad. Mi argumento principal es que el exilio que experimenta el protagonista actúa como catalizador de su identidad de género y de nación. Santi vive el exilio como una experiencia traumática que le hace madurar, como un rito de paso en el que aprende al mismo tiempo a ser hombre y a ser español. El exilio para él supone una acentuación de los valores de la masculinidad normativa, entre los cuales destaca el amor a su patria española. El ahondar en sus raíces identitarias, de hombre y de español, le sirve para contrarrestar la incertidumbre del exilio y alcanzar una mayor sensación de seguridad y estabilidad.

Santi se erige como modelo de hombre de la “nueva España” al actuar como líder de los niños exiliados y poseer características como el patriotismo, la independencia y la religiosidad. Su comportamiento también revela una visión tradicional del género típica del franquismo, como la necesidad de que el hombre sea fuerte y proteja a la mujer y de que se enamore para formar en el futuro una familia que asegure la continuidad de la nación. La nostalgia de Santi por España y su ansiado regreso al país tras la guerra permiten pensar que se adaptará fácilmente a la sociedad franquista y será considerado como un miembro valioso en ella. Por tanto, *El otro árbol de Guernica* no es simplemente un *Bildungsroman* o novela de crecimiento, o una obra en la que se muestran las dificultades de los niños exiliados, sino que se podría interpretar como una novela que pudo ser utilizada por el régimen franquista con un objetivo propagandístico y/o pedagógico para que los muchachos aprendieran los principios de la masculinidad normativa española, especialmente el amor a España y el comportamiento patriótico.

Al hallarse lejos de sus padres y de su país, en el exilio el protagonista va a madurar y tomar conciencia de sí mismo. Para Santi, el exilio supone un rito de paso a la masculinidad. Elizabeth Rogers ha indicado que la novela de Castresana se estructura como un rito de iniciación, desde la separación de Santi del mundo maternal hasta su retorno al grupo (1981, p. 183-84).⁶ Sin embargo, esta investigadora no conecta la maduración del protagonista con su masculinidad ni con el modelo normativo de virilidad del franquismo. Ya antes de su partida al exilio, Santi da señales de su deseo de convertirse en un hombre. Cuando su hermano le dice: “Pronto te va a salir barba”, él se muestra orgulloso y agradecido (p. 19).⁷ Por el contrario, cuando su madre le recuerda que tiene once años, Santi puntualiza, ofendido, que está a punto de cumplir doce. También siente vergüenza cuando su madre le peina en público: “¿Es que su madre no se daba cuenta de que no podía peinarse a un chico mayor como él delante de toda aquella gente y, sobre todo, delante de otros niños?” (p. 35). Santi ha aprendido que la masculinidad normativa requiere el alejamiento de la infancia y del apego a la madre (GILMORE, 1990, p. 29), una situación que experimentará ampliamente durante su exilio. El rito de paso a la masculinidad implica asimismo una concienciación de la identidad nacional, una fidelidad a la nación a la que se pertenece. Para ser considerado un hombre por la sociedad, el adolescente debe demostrar su capacidad para ser un buen ciudadano de la nación, para lo cual debe poseer una conciencia política y patriótica. De esta manera, Santi no sólo se hace hombre, sino que se convierte en un hombre de la “nueva España” con un fuerte sentimiento nacionalista.

Varios críticos han señalado la importancia de la masculinidad en *El otro árbol de Guernica*, pero no la han llegado a analizar. Por ejemplo, José Gerardo Manrique de Lara escribe que el protagonista “es un hombre haciéndose fuera de su suelo” (1968, p. 691-92). Antonio Otero Seco ofrecía una idea similar: “los pequeños exiliados, por el dolor de la nostalgia y la lejanía de sus raíces, se hacen prematuramente hombres” (1973, p. 647). Antonio Valencia también aludía a la masculinidad de la novela en su artículo del 28 de enero de 1968 en el periódico *Arriba*, significativamente titulado “La guerra les hizo hombres” (HICKEY, 1972, p. 27). El propio Castresana expresó que el exilio supuso que madurara más rápidamente: “Como los otros niños de la evacuación, Santi y yo no fuimos más que chavales a quienes la guerra hizo crecer deprisa, niños a quienes el éxodo y el llanto colocaron en un punto límite” (1972, p. 16-17).

El crecimiento como hombre implica para Santi tener una identidad nacional definida, mantenerla y defenderla cuando resulte preciso. A lo largo de la novela hay diversos episodios que revelan un fuerte sentimiento patriótico español cercano a la ideología franquista. No obstante, en numerosas ocasiones Castresana declaró que su novela no versaba sobre cuestiones políticas y que su intención al escribirla era la superación de las diferencias ideológicas entre los españoles: “Yo no quería escribir un libro parido con resentimiento, sino un libro en el que alentara la esperanza de lo que une y no la pasión de lo que separa. Porque eso es *El otro árbol de Guernica*: una novela de sumas y no de restas (1972, p. 118).

A pesar de la insistencia de Castresana en declarar su neutralidad política, ya a finales de los años sesenta varios críticos como R. M. de Hornedo y Manuel Navarro indicaron que *El otro árbol de Guernica* podría considerarse como una novela pedagógica para los jóvenes (HICKEY, 1972, p. 21). Leo Hickey considera al respecto que las lecciones que ofrece la novela no se expresan de manera directa, sino que se derivan secundariamente de su lectura (1972, p. 21). El investigador que más claramente ha señalado el mensaje ideológico español en la obra de Castresana es Derek Gagen al apuntar que Santi da señales de una profunda conciencia de españolidad y que su retorno encierra un claro contenido político: el de que el hogar de los españoles es España (1981, p. 34). Gagen considera que el mensaje nacionalista español sólo surge en la novela al final de la segunda parte — la novela

se divide en tres partes—, cuando llegan niños de diversas regiones de España al internado en el que viven Santi y los otros refugiados vascos (1981, p. 34). Aunque es cierto que es entonces cuando se acentúa la ideología patriótica, desde su partida de Bilbao hay momentos en que Santi demuestra una conciencia de su identidad española.

El exilio provoca que Santi amplíe su amor nacional a otras zonas de España más allá de Bilbao y el País Vasco. Al comienzo de su exilio, en la colonia francesa, aprende a tomar conciencia de la diversidad de España y de su identidad nacional española: “Para Santi Ugarte había sido siempre su aldea, Baracaldo su pueblo y Bilbao su ciudad. ... En el primer mes que pasó en la isla de Olerón fue ensanchando estas emociones geográficas en un marco más amplio en el que incluyó todas las ciudades y pueblos cuyos nombres se citaban en los partes y en las noticias de la guerra” (p. 70). Más adelante, cuando a los niños vascos se les unen en el internado niños de otras regiones de España, se acrecienta el deseo de Santi de conocer más cosas sobre el que considera su país, España: “Santi sabía muy poco de Madrid, muy poco de Valencia y muy poco de cualquier ciudad o pueblo que no fuese de Vizcaya, y se ordenó: ‘Tengo que leer cosas sobre esas ciudades; tengo que aprender muchas cosas sobre mi país’” (p. 225).

La hermandad y la amistad entre los niños de distintas zonas de España simbolizan la unidad nacional española. Aunque surgen algunas pequeñas peleas entre los niños, su buena convivencia representa uno de los principales mensajes de la obra, el de que a los españoles les unen muchas más cosas que las que les separan. La unidad española también se manifiesta a través del “árbol de Guernica”, un árbol en el patio del internado al que los niños denominan de esa manera porque se congregan en torno a él: “Los españoles celebraron otra vez sus reuniones en torno al árbol de Guernica; allí volvieron a leer las cartas de casa y a cantar bilbainadas y allí volvieron a hablar de sus cosas y a bailar sardanas” (p. 242). Si al principio dicho árbol podía simbolizar la identidad vasca de los niños —siguiendo su sentido original—, posteriormente, con la llegada de niños de otras partes de España, se desemantiza su componente vasco para resemantizarse como emblema de la unidad española. Es decir, se produce una reapropiación de un símbolo del nacionalismo vasco a favor del nacionalismo español.

Una similar integración de lo vasco en lo español aparece cuando el equipo de fútbol que formaban los niños vascos deja de llamarse “Athletic” al incorporarse a él niños de otras zonas de España: “[Santi] Propuso que los vizcaínos siguieran jugando con la camiseta del ‘Athletic’, pero dijo que el equipo se llamaría, de allí en adelante, el ‘España’” (p. 243). Esta sugerencia de Santi demuestra que ha asimilado su identidad nacional como español. El hecho de que un escritor vasco —y, además, exiliado en su adolescencia— como Castresana promueva en su obra una lección de patriotismo español resultaba de especial interés y agrado para los franquistas, ya que éstos podían demostrar así que su ideología también recibía el apoyo de intelectuales de regiones tradicionalmente contrarias al nacionalismo español.

Además de ser consciente de su identidad nacional española, Santi aúna todas las cualidades positivas del ciudadano ejemplar de la “nueva España”. Leo Hickey indica que el personaje se presenta de una manera más madura y serena que en el caso de que la obra se hubiera escrito inmediatamente después de la guerra (1972, p. 18). Castresana confirmaba esta idea cuando, al preguntarle por la identidad de Santi, escribía: “Sí, yo soy Santi, un Santi al que tal vez he idealizado un poco; tal vez el chaval que yo hubiera querido ser” (1972, p. 11). La ejemplaridad de Santi la subraya también Hickey, resumiéndola en las siguientes características: preocupación por sus compañeros, sentido de la responsabilidad, odio a la injusticia, determinación, coraje, lealtad, nobleza, estabilidad, honestidad y rapidez para tomar decisiones (1972, p. 18). Estas cualidades son asimismo propias de la masculinidad normativa, por lo que Santi termina por erigirse en un modelo de hombre para la sociedad franquista.

El potencial de Santi como modelo de hombre de la “nueva España” se aprecia cuando en numerosas escenas de la novela actúa como jefe del grupo de los niños exiliados. Parece ganarse dicha posición porque es el primer niño español que llega al Fleury. Él se llega a imaginar como “el grumete baracaldés que fue con Elcano a dar la vuelta al mundo” (p. 177). Más adelante se explicita su papel de líder: “Porque se sentía un poco como el alcalde de la comunidad española en el Fleury y tanto *monsieur le directeur* como las profesoras y todos los niños españoles y belgas le trataban como si real y verdaderamente se le hubiese designado jefe y responsable del grupo español” (p. 221-22). Entre las tareas que realiza destacan la traducción e interpretación para los niños vascos que llegan después que él al internado y la dirección de la biblioteca de libros españoles: “Se encomendó a Santi la misión de dar a cada niño el libro que pidiera, de llevar una ficha de cada título y de cuidar que nadie arrancase hojas” (p. 153). También lidera las reuniones de los niños en torno al “árbol de Guernica”, propone crear un orfeón para cantar canciones populares y dirige el equipo de fútbol con su camiseta del Athletic de Bilbao.

Hasta los adultos del internado le consideran a Santi como líder del grupo. Por ejemplo, el director del internado le pide ayuda para comunicar a uno de los niños la muerte de su padre. Tras ser informado del trágico incidente, Santi cuida al niño durante toda la noche. También actúa de manera paternal con Manolín al prometerle que se encargará de que le entierren en su pueblo si se muere y es el único niño al que llaman a la enfermería para ver a Eusebio, uno de los niños exiliados, que fallece en su presencia.⁸ No extraña, por tanto, que cuando Santi va a estudiar fuera del internado, se considere a sí mismo como “la encarnación de España entre los profesores y los alumnos del Ateneo” (p. 210). Sus esfuerzos académicos están motivados en gran medida por este sentimiento: “Estudiaba de firme porque no quería hacer un mal papel ni dejar en ridículo a todos los chicos de la primera y de la segunda expedición, de los que se sentía embajador en el Ateneo” (p. 211).

El patriotismo de Santi se revela mayormente cuando defiende su identidad española contra lo que él considera como ataques extranjeros. Esto se aprecia especialmente en tres momentos: cuando los Dufour, el matrimonio belga que le había acogido en su casa, le regalan una bicicleta y firman en la tarjeta como “papá” y “mamá”; cuando en el internado una de las cuidadoras, mademoiselle Jacquot, insulta a los españoles y posteriormente quita el jersey a una niña española para dárselo a una belga; y cuando el asistente del profesor de historia del Ateneo critica a España. De estas tres escenas se desprende que una cualidad necesaria del hombre de la nación es la defensa de la patria y de su honor.

En el primer caso, el hecho de que los Dufour utilicen términos que implican paternidad para denominarse a sí mismos supone desde el punto de vista de Santi una deslealtad hacia sus padres biológicos y, por extensión, a sus orígenes e identidad nacional: “No tachar aquellas palabras le hubiera parecido una traición a su padre y a su madre y una traición a sí mismo y a todo” (p. 127). El narrador expresa claramente cómo Santi rechaza que le consideren su hijo: “tuvo la impresión de que le consideraban a él, Santi, como cosa suya, de que estaban pensando en él con la satisfacción con que un padre y una madre piensan en su hijo. Le sacudió interiormente un ramalazo de rebeldía y de desconcierto” (p. 121).

Este tipo de actitudes no era infrecuente en los matrimonios belgas que acogieron a los niños españoles evacuados. Dorothy Legarreta recoge testimonios de niños exiliados que prueban cómo los padres belgas deseaban que les llamaran “papá” y “mamá” y cómo los niños se negaban a ello: “The couple was rich, childless. She suffered from nerves. She insisted I call her ‘Mother’. I couldn’t: my mother lived in Guernica. I was always sad and lonely” (1984, p. 149). Como indica Alonso Carballés, algunas familias belgas solicitaron acoger a niños exiliados para reemplazar así al hijo que nunca pudieron tener (1998, p. 304).

Durante su estancia con los Dufour, Santi se siente humillado no sólo en su identidad nacional, sino también en lo referente a su masculinidad, por ejemplo, cuando le besan y le tratan como a un niño pequeño. Así se muestra cuando madame Dufour le prodiga lo que él considera excesivo afecto:

Le puso a Santi el reloj en la muñeca y le dio dos sonoros besos en las mejillas. Y si algo le molestaba a Santi es que alguien le quisiera atar los cordones de los zapatos o de las alpargatas o de las botas, o que le quisieran peinar o que alguien se empeñara en hacer algo que él podía hacer por sí mismo. Además, le molestaba que le tocaran y se irritaba cuando sus tías y alguna amiga de la familia le daban un beso como a un niño pequeño (p. 106).

Santi ha asimilado el modelo normativo de masculinidad, por el cual un hombre debe ser independiente y evitar la ternura y la expresión de emociones. Por eso manifiesta su deseo de que “le dejasen en paz” (p. 107) y de que “nadie ejerciese el menor monopolio sobre él” (p. 138). Lo que más le incomoda al protagonista es su situación de dependencia del matrimonio belga, su incapacidad de valerse por sí mismo. Por este motivo, se siente abrumado cuando desaparece la ropa que él traía de Bilbao: “Esto le indignó, porque era como si le dieran a entender que la ropa que había llevado era una porquería” (p. 117). En este caso, Santi aún una doble irritación: por un lado, porque al desechar esas prendas, se falta al respeto a su identidad nacional y por otro, porque eso implica que él dependa del matrimonio belga para poder vestirse y no pueda actuar de manera autónoma, como se espera de los hombres. Aquí se aprecia cómo tanto en la construcción del nacionalismo como en la de la masculinidad, la independencia resulta un valor fundamental. La emancipación es una realidad a la que toda nación aspira, mientras que en la sociedad normativa el hombre también debe poder moverse en libertad, sin depender de otras personas, especialmente de las mujeres.

Otro momento en el que se asocian la humillación como hombre y la humillación como español se produce cuando Santi se presenta delante de los amigos de los Dufour y se siente examinado por sus miradas: “aquellas miradas que se clavaban en él con cariño e interés, pero también con una curiosidad que a Santi le pareció antipática” (p. 122). Le hacen sentirse “como si fuera un bicho raro” (p. 122), como si ser español fuera algo extraño o anormal y como si fuera un niño débil incapaz de valerse por sí mismo. El protagonista resume su vivencia en la casa de los Dufour con la metáfora del pájaro enjaulado: “aquí, no sé, estoy como cohibido. ... me siento como un jilguero” (p. 125).

La humillación a su identidad española le lleva a Santi a reaccionar enérgicamente cuando, en el internado, mademoiselle Jacquot se burla de un niño español y le insulta por orinarse en la cama, llamándole “cochino español” (p. 168). Santi se enfrenta a la cuidadora, espetándole a su vez: “¡Belga cochina!” (p. 168). El protagonista considera que se ha atacado a su país y que él, por lo tanto, debe defenderlo. La descripción que se realiza de Santi en esta escena revela que la ofensa de Jacquot supone una afrenta no sólo a su españolidad, sino también a su orgullo como hombre: “Miró a mademoiselle Jacquot con ojos de hombre desesperado —de las dos cosas: de hombre y de desesperado” (p. 168).

Más adelante, cuando la cuidadora obliga a una niña española a entregar su jersey a una niña belga porque esta última asegura que la prenda es suya, la cuidadora vuelve a ofender a los españoles: “Eres una ladrona. Los españoles sois unos ladrones” (p. 173). Ante este nuevo ataque, Santi decide liderar una rebelión de los españoles, proponiendo a los niños que hagan sus maletas para irse del internado: “Tenemos que hacer algo —musitó Santi. No está bien que dejemos que nos insulten a nosotros y a toda España cuando les dé la gana” (p. 175). En este episodio los niños españoles capitaneados por Santi actúan como si estuvieran luchando en un campo de batalla contra los belgas para la restitución del honor nacional: “Permaneció firme en su inmovilidad y los demás le secundaron.

Aquello era como un motín, como una rebelión, casi como una declaración de guerra” (p. 179). El hecho de que Santi recuerde la obra de teatro de *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega, como modelo para apoyar su comportamiento confiere a toda la escena un fuerte contenido patriótico y apunta a la comunión y continuidad de los niños exiliados con la historia y la cultura españolas.

El tercer momento de la novela en que Santi protesta contra los ataques extranjeros a su país se produce cuando el asistente del profesor de historia del Ateneo arremete contra España al describirla como una nación atrasada: “a decir que España era un país de bestias y que no había dado nada al mundo ... y en toda España se vivía poco menos que en taparrabos y no había tranvías ni nada; sólo toreros y curas y bailaoras” (p. 212). Además, el asistente critica a Felipe II —es decir, el Imperio español— y el descubrimiento de América, el cual se consideraba el acontecimiento más relevante de la historia de España para el franquismo. Como en los episodios anteriores, Santi piensa que la exposición del asistente supone una afrenta contra España: “que los extranjeros se convirtiesen en jueces de España le parecía a Santi que era como si invadiesen y pisoteasen las intimidades de Vizcaya y de Castilla, de Galicia y de Cataluña, de Andalucía, de Extremadura y de todas las tierras y las gentes de España” (p. 213-14). Nótese cómo el protagonista relaciona la presentación oral del asistente con la invasión física del país, exagerando así el agravio contra España. En esta cita también se aprecia la concepción de España como una unidad a la que aspiran sus diversas regiones, minimizando y eludiendo la existencia de los nacionalismos periféricos y de sus culturas. Ante los comentarios del asistente, Santi decide enfrentarse a él llamándole “embustero”, motivo por el cual se le expulsa por un día del Ateneo.⁹

En los tres episodios que se han descrito Santi se muestra como modelo de hombre español que sabe luchar con valentía y entereza por el honor de su patria y asumir las consecuencias que esto pueda acarrear. Al seguir sus principios patrióticos, Santi renuncia a las comodidades de la casa de los Dufour, se arriesga a vivir en la calle por su rebelión en el internado y se enfrenta a su expulsión del Ateneo. A pesar de ello, en ningún momento se lamenta por su comportamiento, como se manifiesta en el último de estos altercados: “Pero he hecho lo que debía’, se consoló. No estaba arrepentido. ... experimentaba, más que tristeza, una gran indignación” (p. 215).

En la novela de Castresana la pertenencia a una nación y a un género permite al individuo definirse, formar parte de una comunidad y sentirse enraizado. Este sentimiento de arraigo se expresa en el símbolo del árbol, que aparece de manera recurrente, por un lado, como elemento de la naturaleza en el patio del internado y por otro, como metáfora del ser humano. El árbol representa la necesidad de vivir en la propia nación: “había pensado más de una vez ... que él era como un árbol y que cada criatura humana necesitaba tierra propia en la cual echar raíces muy hondas para crecer y desarrollarse” (p. 203). En contraposición al árbol, Castresana se sirve del símbolo del mástil para referirse a las personas que han perdido su identidad nacional originaria. Es el caso del personaje de Agustín, un niño exiliado que había olvidado la cultura española para adaptar la belga: “aquel chico había dejado de ser un árbol y se había convertido en mástil y se había hecho a la mar. Y se sintió triste por Agustín y por todos los Agustines del mundo” (p. 204). Esta circunstancia no fue del todo infrecuente entre los niños exiliados en Bélgica, ya que, como indica Alonso Carballés, éstos se integraron ampliamente en la sociedad belga debido a que la mayoría de ellos fueron acogidos por familias de ese país (1998, p. 299). Junto al símbolo del mástil, Castresana utiliza el término “desarbolado” para expresar la sensación de desarraigo: “cuando [Santi] veía a alguien que no sabía qué hacer con su vida ... decía de ese alguien que era un desarbolado. ... le entró a Santi un temblor angustioso al imaginar la tragedia de los hombres y de las mujeres y de los niños que no querían o que no podían crecer sobre su propia tierra” (p. 204).¹⁰

La crítica sobre Castresana ha prestado amplia atención al símbolo del árbol debido a su repetición en toda su obra. Jacinto Fentanes Ariño indica al respecto que el árbol es seguramente su *leit-motiv* más importante (1972, p. 20). En diversos ensayos, el autor también ha reiterado estos símbolos, mostrándose siempre a favor de que cada persona viva en su país: “Me dan pena las criaturas que dejan de ser árboles y se convierten en mástiles” (1968, p. 14). En el artículo “El sitio en que se nace” desarrolla más claramente estas ideas: “cada criatura humana alcanza mejor su identidad individual y su realización interior si crece sobre su propia tierra que lejos de ella” (1968, p. 180). Por este motivo, Castresana considera el destierro como una maldición: “hay pocas tragedias tan hondas y patéticas como las de los hombres que no pueden —por exilio político o por las circunstancias públicas o privadas que sean— pisar de nuevo el sitio en que nacieron; ... Por eso me desconciertan tanto, inevitablemente, quienes no sienten en absoluto el tirón de la patria” (1968, p. 182-83).

De acuerdo a Hickey, en *El otro árbol de Guernica* la imagen de Santi como árbol significa su pertenencia a su hogar y grupo (1972, p. 13). Rogers ahonda en esta idea al exponer, siguiendo a C. G. Jung, que el árbol simboliza el crecimiento del protagonista y, en concreto, las raíces del árbol serían su subconsciente; el tronco, su conciencia; y la copa, su aspiración (1981, p. 188-89). Junto a estas interpretaciones de carácter universal, considero que el árbol, al aplicarse al personaje de Santi, también puede referirse específicamente al hombre de la nación española. La robustez del árbol reflejaría la fuerza y la entereza como valores positivos de la masculinidad; sus raíces en la tierra serían metáfora de la pertenencia del hombre a la nación, la continuidad de los valores nacionales y la hermandad con los otros árboles/hombres de la nación; mientras que sus ramas y su crecimiento vertical se relacionarían con el desarrollo del hombre como individuo y su ascenso hacia Dios, esto es, la espiritualidad y la religiosidad como valores importantes de la masculinidad española.

El sentimiento de ser un árbol que necesita volver a plantar sus raíces en su tierra natal le lleva a Santi a padecer una fuerte nostalgia por España. Cuando en el autobús se reencuentra con un amigo de su pueblo natal, ambos comienzan a evocar el pasado de manera nostálgica: “Se miraron dichosos y alegres, conscientes de que eran como adultos que tienen muchas cosas que recordar, mucho pasado en común” (p. 61). Los dos niños actúan aquí como personas mayores que rememoran etapas anteriores de su vida, mostrándose una vez más cómo el exilio provoca que los niños maduren rápidamente. Al echar de menos su pueblo, a Santi le domina la tristeza: “con la cabeza apoyada en el asiento, se sentía nostálgico. Nunca había estado ni tan lejos ni tan cerca de Ugarte como en este momento; y aquello, durante un instante, le produjo un dolor atroz, tan natural y sencillo, que casi se le saltaron las lágrimas” (p. 62). La nostalgia surge asimismo cuando un aspecto de la realidad del exilio recuerda a algo de lo que se dejó atrás:

Miraban la calle, o la lluvia, o escuchaban cómo soplaba el viento, y todos pensaban en otra calle y en otra lluvia y en otro viento; una calle que ellos habían visto en Baracaldo, en Bilbao, en Pedernales, en Sestao o en Lequeitio; una lluvia que había caído un día que parecía muy lejano, un día en que salían de la escuela con sus amigos o en que iban a misa o de compras con su madre; un viento que había soplado allá en sus aldeas o en sus pueblos (p. 161).

La nostalgia, en definitiva, provoca que Santi se dé cuenta de que él pertenece a España, es decir, es un indicio de su patriotismo: “‘Yo no podría vivir lejos de España toda mi vida’, se dijo” (p. 260). Otro de los rasgos de la masculinidad franquista que posee Santi es la religiosidad. Ésta se aprecia ya en su propio nombre, el cual, como diversos críticos han señalado, alude al apóstol Santiago, el patrón de España, conocido popularmente como “Santiago Matamoros”. Por su parte, el nombre de

su hermana, Begoña, coincide con el de la Virgen patrona de Vizcaya. No es casual que de la madre de Santi se diga que “rezaba con voz suave y monótona a la Virgen de Begoña” (p. 27). El protagonista también reza tras la rebelión en el internado para solicitar la ayuda de Dios: “oraba en silencio y le pidió al Señor que nunca más la política enfrentase en las trincheras a hermano contra hermano” (p. 182). El propio autor declaró en numerosas ocasiones su fe religiosa y su admiración por los místicos: “Creo en Dios: creo que la mística es la más alta y noble de todas las aspiraciones del ser humano... Creo, en fin, que, como escribió Teilhard de Chardin, sólo una cosa es necesaria: encontrar a Dios en la vida cumplida” (1968, p. 15).¹¹

La caballerosidad es también una de las cualidades de Santi, la cual es una señal de su maduración y crecimiento. En este sentido, la novela refleja una división tradicional de los géneros sexuales, apuntando a una clara diferenciación entre los papeles del hombre y de la mujer, típica de los nacionalismos. Así, mientras que la madre de Santi es cariñosa, llorosa y sufriente, el padre es serio y decidido. Los niños reproducen este modelo cuando no permiten que las niñas se les unan para decidir si hacen español a un niño belga llamado André: “[Santi] Recordó que en su casa el único que hablaba de política y que decía lo que convenía al país era su padre. Su madre decía ‘amén’ y no le contradecía lo más mínimo. ... Santi dijo que seguro que a las mujeres no las habían dejado nunca deliberar junto al árbol de Guernica, y que nada, que no había que contar con las chicas” (p. 186).

Santi también sigue el comportamiento tradicional masculino cuando protege y defiende a las niñas. Así, ayuda a la niña española a la que mademoiselle Jacquot recrimina y cuida de su hermana menor, sintiéndose responsable de ella. La madre de Santi, ya antes de salir de Bilbao, le encarga esa tarea: “—Cuida a tu hermana, hijo... Tú eres ya un chico mayor, Santi” (p. 22). Esta responsabilidad le lleva a tener que aparentar seguridad, un rasgo propio de la masculinidad normativa: “ahora tendría que cuidar de Begoña, hacerse fuerte ante ella y no demostrar ningún miedo ni ninguna preocupación” (p. 51). Por otro lado, la protección que Santi ejerce sobre su hermana puede interpretarse de manera metafórica como una trasposición de la protección de España sobre el País Vasco. Santi, como patrón de España, guía a Begoña, patrona de Vizcaya, ratificando así el poder y el liderazgo de España sobre el País Vasco.

El cuidado de su hermana es también para el protagonista un modo de patriotismo, puesto que supone el mantenimiento de sus raíces familiares en el exilio. Sin embargo, en Bélgica Santi no consigue permanecer junto a ella, ya que les envían a diferentes familias. Este hecho supone para él un fracaso como hombre: “Se sintió muy pequeño y muy débil, muy poca cosa, y empezaron a humedecerse los ojos” (p. 95). Las separaciones de los hermanos fueron bastante comunes en Bélgica, ya que, como apunta Legarreta, muchas de las familias belgas querían acoger sólo a un niño (1984, p. 145). Los niños que tenían hermanos pequeños veían su separación como una desobediencia a las órdenes paternas de cuidar de ellos (LEGARRETA, 1984, p. 147) y por eso, como le sucede a Santi, para ellos fue uno de los momentos más trágicos del exilio (ALONSO CARBALLÉS, 1998, p. 350).¹²

A pesar de hallarse separados, las veces que se reúnen, Santi intenta que su hermana preserve su identidad nacional manteniendo su idioma: “Siempre que iba a verla a casa de los señores Bogaerts... Santi procuraba hablarla en español, pero Begoña le respondía infaliblemente en francés” (p. 273). En su viaje de regreso a España, Santi ve con gran desagrado que su hermana hable sólo en francés y se comporte como una belga: “la miraba y casi no la reconocía con aquel puro acento belga, aquel sombrero nuevo y aquellos gestos y frases de cortesía que empleaba a cada momento” (p. 276). Sin embargo, al cruzar la frontera con España, Begoña recupera milagrosamente su castellano y parece de nuevo “estrechamente unida” a su hermano (p. 280), lo que prueba el mensaje de la novela de que la identidad española es única e irreductible.

Junto al cuidado de su hermana, la señal más clara del crecimiento del protagonista dentro de los parámetros de la masculinidad normativa es su enamoramiento de Montserrat, una niña catalana que llega al internado con los otros niños españoles. Montserrat le trata a Santi como a un chico mayor al llamarle por su nombre completo: “le satisfizo mucho que Montserrat le llamase Santiago, como a un chico mayor, como de igual a igual” (p. 223). El amor hace que Santi quiera parecer más maduro delante de ella: “había pasado todo el tiempo acompañando a la muchacha e intentando demostrarle lo mayor y lo listo que él era” (p. 224). Cuando Montserrat enseña a los niños a bailar sardanas, Santi y ella se cogen de la mano, lo que provoca que él experimente sensaciones amorosas. El surgimiento del amor se expresa a través de la metáfora de la puerta: “la vida adquiriría otra dimensión; una nueva dimensión que era como una puerta que empezaba a abrirse lentamente y por la que Santi penetraba un poco asustado” (p. 227). La puerta simboliza la entrada de Santi al mundo de los hombres por medio del amor. Aunque la relación entre Santi y Montserrat no llega a consolidarse, cuando él abandona el internado para regresar a España, se despide de ella con lágrimas en los ojos.

La relación entre los dos adolescentes seguiría los postulados de la ideología franquista, puesto que al ser él vasco y ella catalana, simbolizaría la unión armónica de las distintas regiones de España. En este sentido, Santi toma como modelo a su hermano mayor, Juanito, a quien ha visto bailar con chicas los domingos y más tarde salir como novio de una de ellas. Además, a su regreso a España, el padre le informa de que Juanito está cumpliendo el servicio militar en Melilla, donde lo hizo él también, y que tiene una novia formal con la que se casará pronto. El padre enfatiza así la importancia de la patrilinealidad y le muestra a Santi el modelo de masculinidad que se espera de él: servir a la patria, encontrar una novia y casarse. Al haber completado su rito de paso a la adultez, Santi está ya preparado para formar parte de la comunidad de hombres de la España franquista. Se cumple así el objetivo del rito de paso, que es enseñar a los adolescentes sus obligaciones sociales y facilitar su proceso de socialización (RAPHAEL, 1988, p. 10).

Al volver a España, diversos personajes atestiguan el crecimiento físico de Santi. La madre les dice a Santi y Begoña que han crecido mucho y el padre afirma lo mismo: “Santi, ya eres casi un hombre” (p. 285). En su reencuentro con Lucía, la niña del pañuelo rojo que le miraba burlescamente a Santi en el viaje de partida al exilio, ésta reconoce el cambio corporal experimentado por Santi y él ya no se siente cohibido ante ella, sino que se muestra seguro de sí mismo (p. 278). El crecimiento físico resulta de gran relevancia para los adolescentes varones, ya que, como indica Mark Schoenberg, supone una confirmación para ellos y para el resto de la sociedad de su aproximación a la masculinidad (1993, p. 101).

Santi también da señales de haber madurado mentalmente cuando manifiesta que él y los otros niños que retornan a España “habían conseguido seguir siendo ellos mismos y habían ganado su pequeña guerra en el extranjero” (p. 281). De esta manera, la verdadera guerra que le preocupa a Santi, la guerra que gana, es la de España contra los extranjeros al haber conseguido mantener su identidad española en el exilio. Las duras experiencias vividas en el exilio han provocado su rápida madurez: “Santi se dijo que él tenía catorce años y en cierto modo era casi como si fuera un adulto” (p. 282). Sin embargo, el protagonista no quiere, por el momento, revelar a su padre las complicadas situaciones que le han hecho madurar, ya que ante una pregunta de él, le responde: “nos han pasado muchas cosas. Ya sabes: cosas de chicos” (p. 289). Al lector no le cabe duda de que lo que ha vivido Santi no son las típicas experiencias de un niño y, aunque Santi piensa que algún día escribirá lo sucedido, el hecho de que no reconozca su excepcionalidad en ese momento puede deberse a su deseo de olvidar su vida en el exilio para poder adaptarse más fácilmente a la España a la que regresa. También es posible

que el protagonista desee establecer una división clara entre el exilio y su vida a partir de su vuelta a España: el primero representaría la última etapa de la infancia y el segundo, el comienzo de la adultez. Así, la llegada a España implicaría para Santi la muerte de su niñez. Las “cosas de chicos” vividas en el exilio se dejan atrás.

Elizabeth Rogers indica que Santi tendrá que luchar para reintegrarse en España y ser aceptado por el mundo adulto (1981, p. 194). Manrique de Lara también apunta que su vuelta a España será complicada: “El gran problema de Santi es el regreso, es la patria que le espera, sus padres, su camino hacia una realidad que le va a llevar a su vida absoluta, a su adolescencia, a su destino de hombre” (1968, p. 692). Es cierto que, como apunta Alted Vigil, los niños exiliados que retornaron a España padecieron “el estigma de ser hijos de ‘rojos’ y sufrieron discriminaciones y rechazos por ello” (1996, p. 218).¹³ Sin embargo, considero que el caso de Santi se presenta de manera diferente, ya que la novela da a entender que seguirá el modelo de masculinidad de su hermano y de su padre y retomará viejas costumbres como jugar al frontón con sus amigos. Es decir, Castresana no muestra indicios de futuras dificultades para Santi y más bien parece que se reintegrará a la patria sin excesivos problemas. De hecho, su mayor sabiduría y su “triunfo” en el exilio al mantener y defender la ideología española apuntan a un futuro próspero para él en la sociedad franquista, como modelo de comportamiento para los otros jóvenes.

Un aspecto importante que posibilita la reintegración de Santi en España es su desinterés por las cuestiones políticas. Aunque se indica que Santi se ve a sí mismo “como un miliciano vencido o un exiliado político que retornaba a la patria” y que “se sentía triste por la derrota de los suyos” (p. 282), seguidamente se resalta su felicidad por regresar a su tierra y poder comunicarse en castellano, de esta manera minimizando el componente político.¹⁴ Además, justo después de que el narrador constate que los letreros republicanos y nacionalistas vascos habían sido sustituidos en las calles por retratos de Franco y de José Antonio Primo de Rivera, destaca el hecho de que Santi no quiera pensar en lo que implica ese cambio: “Ya no quería analizar sus impresiones, ni lo que veía, ni lo que sentía, ni nada; solo quería sentirse a sí mismo en Baracaldo” (p. 287). Al enfocarse en los deseos del protagonista de encontrarse en su tierra, la novela despolitiza la realidad de la España de la posguerra. Es cierto que se incluyen referencias a la ideología republicana, pero éstas no implican una amenaza al ideario franquista porque sus defensores permanecen fuera de España o mueren, como sucede respectivamente con el maestro don Segundo y el tío Lázaro.

En *El otro árbol de Guernica* se aprecia cómo el exilio implica un momento de cambio radical en la vida del protagonista y en su masculinidad. Al estar alejado de sus padres y hallarse en un país extranjero, Santi madura con mayor rapidez y adquiere una conciencia más marcada de su identidad como hombre y como español. De esta manera, el exilio funciona en esta novela como un rito de paso a la masculinidad por el cual el protagonista deja de ser un niño para alcanzar los valores de la virilidad española. Entre ellos destacan el patriotismo, la capacidad de liderazgo, la independencia, la religiosidad y la caballerosidad. El patriotismo y el orgullo masculino se hallan intrínsecamente relacionados, por lo que el protagonista reacciona defendiendo la fama de su nación y su autonomía como hombre cuando siente que éstas resultan atacadas en el extranjero. La masculinidad normativa y la identidad nacional acentuada le ofrecen a Santi una sensación de pertenencia y de estabilidad necesarias en el exilio. El comienzo del amor con una niña exiliada es una señal de la entrada del protagonista en el mundo de los hombres, lo cual se corrobora a su regreso a España, cuando se dan indicios de que continuará el modelo de masculinidad de su padre y hermano y al mismo tiempo se reafirma su identidad nacional al cumplirse su deseo de vivir y crecer en España.

From Exile Child to Man of the “New Spain”: masculinity and Spanish Nationalism in *El otro árbol de Guernica*, by Luis de Castresana

ABSTRACT:

This article analyzes the representation of masculinity and national identity in the novel *El otro árbol de Guernica* (1967), by Luis de Castresana. In this novel, exile implies a moment of rite of passage in which the main character emphasizes his identity as a man and as a Spaniard. Santi stops being a child to become a model man of Franco’s “new Spain” by displaying characteristics such as patriotism, leadership abilities, independence, and religiousness. The appearance of love is a sign of the main character’s entrance into men’s world, an idea that is confirmed when he returns to Spain, where he will be, most likely, a valuable member of Francoist society.

Keywords: *El otro árbol de Guernica*. Luis de Castresana. Children’s Exile. Masculinity. Basque Country. Spanish Civil War.

Notas explicativas

- * Professor no Departamento de Línguas e Literaturas Modernas da Universidade de Nebraska-Lincoln, EUA.
- ¹ Otros países que recibieron niños fueron México, que acogió a 450; Suiza, a unos 800; y Dinamarca, alrededor de 100 (ALTED VIGIL, 2005, p. 115).
 - ² Dorothy Legarreta recoge testimonios que prueban cómo al principio los padres se mostraban contrarios a la evacuación de sus hijos, pero tras diversas campañas del Gobierno Vasco, cambiaron de opinión al confiar en las personas que cuidarían de los niños (1984, p. 43).
 - ³ Algunos de los titulares y expresiones que utilizaban los periódicos franquistas para enfatizar que la evacuación de los niños no era voluntaria eran “Nos roban nuestros niños”, “secuestro de niños” o “trágicas expediciones” (ALONSO CARBALLÉS, 1998, p. 133). Como apunta César Alcalá, el gobierno franquista consideraba que esas evacuaciones eran una cobardía y un crimen contra España (2010, p. 29).
 - ⁴ A lo largo del artículo utilizo el término “internado” para referirme al Fleury, pero el autor se encarga de precisar la naturaleza de dicho centro: “Fleury no era exactamente un colegio, ni exactamente un pensionado, ni exactamente un orfanato; pero era un poco las tres cosas” (p. 131).
 - ⁵ Castresana se mostraba especialmente orgulloso de la buena recepción generalizada que tuvo su novela: “Casi todos los comentarios que se han escrito sobre *El otro árbol de Guernica* tocan esos dos puntos: su melancólica serenidad y su odio a la guerra. Y poco más o menos en iguales términos la han elogiado los de aquí y los de allí, los que ganaron y los que perdieron, los que viven en España y los que continúan en el exilio. ... si algo me emociona es esto de que... haya llegado a los lectores por encima de cualquier diferencia o divergencia política” (1972, p. 126-28).
 - ⁶ Numerosos testimonios de niños exiliados han subrayado que su vida en el exilio les marcó profundamente: “Nuestra mente cambió. ... Parece que no, pero fueron dos años y pico, pero cambiamos totalmente, ¡eh!” (ALONSO CARBALLÉS, 2000, p. 208).
 - ⁷ Castresana también confiesa sus ansias por crecer en la “Autobiografía” que abre sus *Obras Selectas*: “Mi infancia fue la de cualquier chico vizcaíno de familia humilde: escuela municipal, boina y ganas de hacerme hombre y de emular las glorias de Arano en el frontón” (1968, p. 12).
 - ⁸ Castresana recuerda este episodio en su novela *Adiós*: “Durante la guerra, en Bélgica, donde había sido evacuado con otros niños, vi morir a uno de mis compañeros, Eusebio, Eusebio se llamaba; tenía seis o siete años. Se fue hablando ininteligiblemente en castellano y en francés y sonriendo con una ancha sonrisa beatífica” (1969, p. 191).
 - ⁹ En la versión filmica de la novela, se subraya el componente patriótico al incluir una escena en la que Santi se pelea con un estudiante belga que se burla de los españoles tras la exposición del asistente. Asimismo, antes de escapar del Ateneo, Santi escribe en la pizarra “¡Viva España!”.
 - ¹⁰ El término “desarbolado” es especialmente recurrente en la narrativa de Castresana como sinónimo de “desencajado”. En *El otro árbol de Guernica* se utiliza el adjetivo o su correspondiente verbo cuando Santi recibe la noticia de la

muerte del tío Lázaro, cuando se enfrenta al asistente del Ateneo sin importarle las posibles consecuencias y cuando se halla en casa de los Dufour: “Una gran lástima de sí mismo le corrió por todo el cuerpo, por dentro, y le desarboló” (p. 106).

- ¹¹ En su novela *Adiós* Castresana desarrolla su interés por la mística al narrar la historia de un hombre que muere y experimenta su fallecimiento como una liberación: “ese cuerpo, esa forma, esa cáscara, *eso* no soy yo: fue mi cárcel” (p. 222). En esta obra la muerte implica retornar al reino de Dios: “morir es... ¿cómo te lo diría?... como regresar a la morada del Padre” (p. 208).
- ¹² César Alcalá apunta que la separación de los hermanos fue tan traumática que hubo niños que hasta dejaron de comer (2010, p. 61).
- ¹³ Eduardo Pons Prades recoge testimonios de algunos niños que, debido al adoctrinamiento al que se vieron sometidos a su regreso a España, decidieron abandonar el país de nuevo. Tal fue el caso de Emilia Labajos-Pérez: “Volví a España en 1949, en julio, con mis dieciocho años a punto de cumplir. Pensaba quedarme, pero me negué a seguir las obligadas lecciones de formación cívica, que era como adherirme al régimen de Franco, y debía encontrar dos personas, adictas al franquismo, que me avalasen para poder encontrar trabajo. Así que tomé el tren en dirección contraria y regresé a Bélgica, sin esperanzas de volver a mi tierra” (2005, p. 62).

Referencias

- ALCALÁ, César. *Los niños del exilio (1936-1939)*. Madrid: Sekotia, 2010. 153 p.
- ALONSO CARBALLÉS, Jesús Javier. *1937: Los niños vascos evacuados a Francia y Bélgica. Historia y memoria de un éxodo infantil, 1936-1940*. Bilbao: Asociación de Niños Evacuados el 37, 1998. 774 p.
- _____. Educación, cultura e identidad de los niños vascos en el exilio. In: APAOLAZA, Xabier; ASCUNCE, José Ángel y MOMOITIO, Iratxe (Eds.). *Sesenta años después: La cultura del exilio vasco / Hirurogei urte geroago: Euskal erbesteratuen kultura*. San Sebastián: Saturrarán, 2000. Vol. 1, p. 193-208.
- _____. Los “niños de la guerra” o las huellas del exilio infantil de la Guerra Civil en el espacio público. *Historia Social*, nº 76, p. 107-24, 2013.
- ALTED VIGIL, Alicia. Las consecuencias de la Guerra Civil española en los niños de la República: de la dispersión al exilio. *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, vol. 9, p. 207-28, 1996.
- _____. Los niños de la guerra: Evacuación, exilio y retorno. In: CASAS SÁNCHEZ, José Luis y DURÁN ALCALÁ, Francisco (Eds.). *Los exilios en España (siglos XIX y XX): III Congreso sobre el Republicanismo*. Priego de Córdoba: Patronato Niceto Alcalá Zamora y Torres, 2005. Vol. 1, p. 105-26.
- CASTRESANA, Luis de. *Elogios, asperezas y nostalgias del País Vasco*. Vol. 1 de *Obras selectas*. Bilbao: La Gran Enciclopedia Vasca, 1968. 252 p.
- _____. *Adiós: novela*. Madrid: Editorial Prensa Española, 1969. 229 p.
- _____. *La verdad sobre “El otro árbol de Guernica”*. Bilbao: La Gran Enciclopedia Vasca, 1972. 254 p.
- _____. *El otro árbol de Guernica*. Bilbao: La Gran Enciclopedia Vasca, 1980. 289 p.
- FENTANES Ariño, Jacinto. *El mundo vasco en la obra de Luis de Castresana*. Bilbao: La Gran Enciclopedia Vasca, 1972. 79 p.
- GAGEN, Derek. A Second Reading of Experience: Luis de Castresana’s *El otro árbol de Guernica*. *Modern Languages: Journal of the Modern Language Association*, vol. 62, nº 1, p. 29-37, 1981.
- GILMORE, David D. *Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity*. New Haven: Yale University Press, 1990. 258 p.

- HICKEY, Leo. Introduction. In: CASTRESANA, Luis. *El otro árbol de Guernica*. London: Harrap, 1972. p. 9-27.
- LAZAGA, Pedro, dir. *El otro árbol de Guernica*, 1969.
- LEGARRETA, Dorothy. *The Guernica Generation: Basque Refugee Children of the Spanish Civil War*. Reno: University of Nevada Press, 1984. 396 p.
- MANRIQUE DE LARA, José Gerardo. Dos novelas de la Guerra Civil. *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 222, p. 687-92, 1968.
- OTERO SECO, Antonio. Luis de Castresana o la infancia exiliada. In: *Obra periodística y crítica: exilio*. Rennes: Université de Haute-Bretagne, 1973. p. 646-49.
- PONS PRADES, Eduardo. *Los niños republicanos: El exilio*. Madrid: Oberón, 2005. 211 p.
- RAPHAEL, Ray. *The Men from the Boys: Rites of Passage in Male America*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1988. 228 p.
- ROGERS, Elizabeth. The Initiation Paradigm in Castresana's *El otro árbol de Guernica*. *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, vol. 6, p. 183-96, 1981.
- SCHOENBERG, B. Mark. *Growing Up Male: The Psychology of Masculinity*. Westport: Bergin & Garvey, 1993. 148 p.

Recebido em: 03 de novembro de 2013

Aprovado em: 29 de janeiro de 2014